

Construir o destruir en las redes

Daniela Flores Sotelo

Universidad Iberoamericana Torreón

Torreón, México

daniela.flores@ibero-torreon.edu.mx

“¿Cuáles son los grandes ideales, pero también los caminos concretos a recorrer para quienes quieren construir un mundo más justo y fraterno en sus relaciones cotidianas, en la vida social, en la política y en las instituciones?”

Esta es la pregunta que plantea la encíclica *Fratelli tutti* del papa Francisco, una “Encíclica social” cuya aspiración es promover la fraternidad y la amistad social en el mundo.

Mi propósito es compartir una propuesta que represente una de las múltiples maneras mediante las que se puede responder esa pregunta, y que, más allá de una respuesta discursiva, me gustaría que pudiera ser una respuesta vivencial, lo suficientemente cercana al contexto de cada persona, para llevarla a la práctica en el escenario de sus relaciones cotidianas y su vida social.

Pensar en la vida social en tiempos de pandemia nos remite al escenario de las redes sociales virtuales (a las que estaré haciendo referencia de aquí en adelante) y a las relaciones cotidianas sostenidas y nutridas, mayormente, a través de las pantallas, o, en algunos otros casos, de las líneas telefónicas.

Si en los tiempos prepandémicos las redes sociales ya tenían un rol protagónico como escenario de la vida social, la pandemia llegó a catapultarlas como el escenario por excelencia para ello, con lo que adquirieron todavía mayor relevancia e influencia dentro del proceso de comunicación de las personas.

Es en dichas plataformas en las que el fenómeno de polarización de la sociedad ha tenido mayor presencia y visibilidad. Pareciera que, para quienes usamos las redes sociales, las personas hemos pasado a ser las posturas ideológicas que profesamos y el polo en el que nos ubicamos dentro del espectro de los dualismos predominantes (derecha-izquierda, provacuna-antivacunas... y todos los que puedan ser agregados). Con esto no quiero decir

que tales aspectos no reflejen parte de lo que somos, sino que quienes somos parece haber quedado reducido a esos dualismos.

Los espacios de interacción en las redes sociales se han convertido en campos de batalla, en los que ambas partes contendientes están seguras de tener la razón y, al considerar a la otra “una ignorante y una amenaza para la humanidad”, se les debe hacer consciente de su error lo cual, frecuentemente, pareciera se hace de la manera más agresiva y peyorativa posible para ser efectivo.

Entiendo que la libertad de expresión debe ir siempre de la mano de la responsabilidad por lo que decimos, y que conlleva un compromiso de diferentes magnitudes, según sea el caso. También, entiendo que es importante que aquello que sostengamos promueva la verdad, pues “la verdad nos hará libres”, pero, ¿qué hacer si la verdad es relativa y cuestionable?

Ante esto, considero que lo más importante es hablar y compartir con base en argumentos bien fundamentados y aprender de nuestros errores para deconstruir y construir lo que sea necesario, de modo que, desde una conciencia crítica, tengamos un sustento sólido de nuestros ideales y de lo que promovemos.

Sin embargo, esto no implica que el fenómeno del campo de batalla, del que hablé previamente, en el que prevalecen la agresión y las críticas destructivas deje de existir. Y es justamente esto lo que considero, actualmente, uno de los escenarios cotidianos que nos alejan de la construcción de la fraternidad, e incluso que atentan contra ella: ver a las personas, inmediatamente, como enemigas si no se encuentran en el polo en el que yo estoy, porque una postura neutral que implique querer colocarse en una tercera posición, en ese contexto, parece no estar permitida, y las personas terminamos siendo la suma —si bien nos va— de las posturas polarizadas con las que nos identifican.

Francisco sostiene que la fraternidad parte de un sentido de pertenencia común a la familia humana. Es un término derivado del latín *frater* que significa “hermano”, y aunque para los creyentes implica reconocernos como hijos e hijas de un solo creador y eso nos hace hermanos y hermanas, podemos considerar un sentido de hermandad por el hecho de pertenecer a la humanidad que es una sola más allá de las diferencias que hemos remarcado.

Considero que reducir a las personas a ciertas posturas, perdiendo de vista nuestro sentido de humanidad —el núcleo común dentro de la polarización— nos aleja de la fraternidad.

Entendiendo también que la fraternidad se sustenta en la dignidad humana y, por lo tanto, en el reconocimiento de la necesidad de que todas las personas podamos ejercer nuestros derechos humanos, claro que me parece importante hacer lo que nos corresponde para dejar de perpetuar las expresiones o acciones que transgreden esto.

Sin embargo, aún en dichas situaciones, y en general para entablar interacciones constructivas, tanto dentro como fuera de las redes sociales, considero que hay varios puntos importantes a tomar en cuenta que me gustaría extender como sugerencias para encaminarnos a la construcción de fraternidad:

- El primero de ellos es ver a las personas más allá de las posturas que sostienen. Recordar que todos y todas *somos procesos*, por lo que condenar o censurar a alguien por lo que sostiene en un momento es contribuir a negarle la oportunidad de que pueda cambiar, aprendiendo de esa situación y modificando su postura, o enriqueciendo su punto de vista.
- Si queremos hacer una crítica, procurar que sea una crítica constructiva. Si lo que buscamos es generar un beneficio, al hacer una crítica destructiva ese sentido se pierde en la agresión y la persona se queda con esa impresión, más que con lo que hayamos podido aportarle. Para esto, es recomendable criticar al argumento, no a la persona, y plantearle una invitación (a lo que consideremos adecuado invitarle) en lugar de únicamente señalarle por qué consideramos que está equivocada.
- Evaluar el contexto para detectar si es posible entablar un diálogo, pues esto no se puede llevar a cabo cuando no hay disposición de alguna o ninguna de las partes para escuchar. En estos casos, es mejor no involucrarnos, o después de haber aportado y entendido que no será posible entablar un diálogo constructivo, no “engancharnos”.
- Tener presente el propósito de las interacciones que sostenemos, los comentarios que hacemos y los diálogos —o discusiones— en los que nos involucramos, pues cuando perdemos de vista qué queremos lograr con eso es más fácil caer en discusiones que

no traen beneficios para ninguna de las partes, sino al contrario, resultan en enemistades y ofensas seguras.

Deseo que estas orientaciones resulten una aportación valiosa para quienes tenemos el interés de construir un mundo más fraterno, desde nuestras interacciones cotidianas, como parte del proceso de creación de culturas de paz y en respuesta a la pregunta que plantea el papa Francisco.